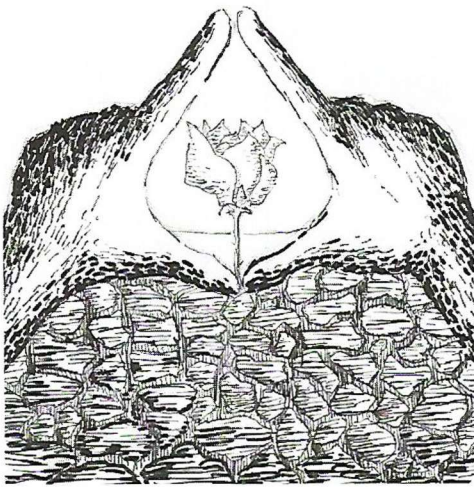


# Giacomo Casanova

Sergio Mejía Macía



Con recurso a la película  
de Federico Fellini  
*Fellini's Casanova*  
y a la autobiografía del  
veneciano,  
*Histoire de ma vie*

Este texto teatral sobre la vida de Giacomo Casanova (1725-1798) toma préstamos, sin pudor ni economía, de la película *Fellini's Casanova*, producida por Alberto Grimaldi y Twentieth Century Fox en 1976, sobre guión escrito a cuatro manos por Bernardino Zapponi y Federico Fellini y dirigida por el último. Consulté sin método la autobiografía de Casanova, escrita en francés con el título *Histoire de ma vie* y publicada por primera vez en Leipzig entre 1822 y 1824, en traducción alemana. Utilicé la edición francesa establecida por Francis Lacassin, publicada por la casa parisina de Robert Laffont en 1993. Las tres primeras escenas corresponden a episodios de la *Histoire de ma vie* no incluidos en la película de Fellini. Las restantes siete son interpretaciones libres de episodios tratados por Fellini, todos ellos tergiversados por una lectura muy personal de la *Histoire de ma vie*, obra a su vez muy personal. Se incluyen traducciones libres, de fragmentos de los siguientes poemas:

- Ariosto, *Orlando Furioso*, Canto Segundo, primera Estanza; Canto Cuarto, sexta Estanza
- Torcuato Tasso, *Noches*



## Personajes

Casanova viejo

Casanova joven

Casanova niño

Marzia, la abuela

Zanetta, la madre

Una bruja

Un hada

Un barquero

Dos hombres altos en capa negra; uno con una pluma amarilla en el sombrero, el otro roja

La monja de Murano

Una condesa

Cinco monjas

Cinco esbirros

Tres inquisidores de estado

Un carcelero

Un gondolero

Du Bois, un cortesano rico y feo

Un conde

Henriette

Cinco cortesanos (tres mujeres y dos hombres)

Madame d'Urfé

Saint Germain

Arginy

El monje Remigio

Xantine

Un joven proxeneta

Un cochero cómplice

Una rubia gordezuela

Una flaca alta

Una pelirroja baja

Dos prostitutas

Una joven negra

Un lacayo

Tres nobles

Cuatro músicos

Un sirviente

La condesa de Waldstein

Ocho jóvenes románticos (vestidos de negro)

El escenario está dividido en dos partes: una amplia abajo y una elevada a la izquierda con una escalera amplia de acceso. El espacio bajo se divide en dos para algunas escenas.

## Primera Escena – Introducción

La habitación de Casanova viejo en el castillo de Dux, en el espacio elevado. Un escritorio, libros, un manuscrito, un tintero con su pluma, un plato con restos de comida y una copa a medio vaciar. Desde su cuarto baja una escalera amplia. Casanova viejo, vestido con elegancia, alto, su pelo blanco le cae sobre los hombros, escribe, mira al público, se incorpora, recita con naturalidad:

**Casanova viejo** – ¡Señoras! Creo en la existencia de un Dios inmaterial, artífice de todas las formas. Prueba de mi fe es que en mis tribulaciones oré y fui socorrido. No sé cómo llegan nuestras plegarias a sus divinos oídos, mas aseguro que en la ignorancia se halla la verdadera felicidad. El hombre es libre, pero solo mientras crea serlo. Por los sucesos de mi vida verán que nunca perseguí un fin; mi sistema fue dar paso al destino. ¡Cuántas vicisitudes, cuántas alegrías, cuántas tristezas! Ellas me enseñaron que en este mundo el bien nace del mal y el mal del bien. El estrépito de mis errores aconsejará otros caminos a los prudentes. A quien decida seguir el mío, mi vida le enseñará a mantenerse en la cornisa del abismo. Es cuestión de cojones.

Los principios de la más excelente moral habitan en mi corazón, pero siempre fui víctima de mis sentidos. Por esto, queridos amigos, mis memorias son una confesión, mas no encontrarán en ellas pudor ni penitencia. Mi vida fue un desvarío de principio a fin. Verás cómo río de ella y si eres bueno reirás conmigo.

Engañé a los imbéciles cuando fue necesario. No a los ignorantes, a quienes solo falta la educación, sino a los insolentes y a los pretenciosos. Me congratulo por ello. En cuanto a las mujeres, recíprocas fueron nuestras pequeñas mentiras y no sería justo ponerlas

todas en mi cuenta. Cuando hubo amor, no fuimos más que sus juguetes. Nada en mí fue más fuerte que mis sentidos, pero faltaría a la verdad quien me acusase de sensual: por satisfacerlos nunca falté a mis deberes. Amé la buena mesa con pasión: un paté de macarroni adobado por un buen cocinero napolitano; anguilas de Terranova, temblorosas como nalgas; ¡ah!, y los mejores quesos, que alcanzan la perfección cuando las pequeñas criaturas que los habitan se hacen visibles. Entre las mujeres descubrí que las que más amé exhalaban aromas embriagantes. Mientras más fuertes sus humores más me parecieron dulces.

Sé que es una locura entregar mis memorias al público. Pero mi vida es lo único que conozco bien. Escribirla me salva del aburrimiento y aleja mis pensamientos de la muerte, monstruo cruel que arranca del teatro, antes del final, al espectador de su obra preferida... su propia vida. No me declaro inocente de nada y me reconozco como causa principal de todas mis tribulaciones. Mi satisfacción es saber que en todo fui mi propio maestro. Mi lección, comprender que nada sabe quien no sabe para su propio provecho. (Sale).

## Segunda Escena Infancia y Razón

Casanova niño se mueve mecánicamente mientras Casanova adulto observa y narra. La escena ocurre en un cuarto amplio decorado con elementos de magia, con un baúl en el centro. Se cubre el público de las primeras filas con telas negras.

**Casanova viejo** – Hasta los ocho años y cuatro meses fui un idiota. De mi nariz salía sangre a borbotones y de mi boca ni palabra. Una tarde de verano cuando mi madre se hallaba de viaje con su compañía de comediantes, la abuela Marzia rescató mis entendederas.

**La abuela Marzia** – Tu madre resultó una gran actriz querido bebé, pero tú no serás nadie si no hablas. Y no lo olvides, las brujas son mejores que todos nosotros.

(Casanova niño mira al vacío y sostiene un pañuelo ensangrentado sobre su nariz.)

**Casanova viejo** – ¡Ah!, Marzia, digna madre de mi bella madre, hiciste de mí lo que soy. ¡Recurriste a una bruja y a un hada! Después de tantos años solo hoy me atrevo a contar esta historia.

**La bruja** – (Entra, se dirige al niño) Nadie te habla, mas hablarás; nadie te toca, mas sentirás; nadie te mira, mas mucho amarás.

(El niño no reacciona, la abuela sale, Casanova viejo observa al margen.)

**La bruja** – No tengas miedo pequeño, ven.

(La bruja introduce a Giacomo en el baúl. En este momento se cubren los espectadores con telas color caoba. La tapa chirría al caer. Empiezan los sonidos de la bruja, suena música rápida.)

**La bruja** – (Ríe a carcajadas largamente) (Cantando) Despierta mi niño, despierta ya, que la vida pasa y te deja atrás. (Llora) ¡Aayy, ay, ay, que duele, esta vida duele! (Canta) ¡Pero es la única, la única que hay, vívela, vívela a todo dar! (Recio) ¡Fuera de mi niño todo miedo a vivir, fuera de él todo deseo de morir! (Canta) Canta, come, danza, bebe, ama y si algo te hiere, duerme mi niño, duérmete ya, para despertar fuerte, sin miedo, con ganas de amar. Deja los muros de tu prisión, sal a las aguas, cruza los puentes, sube a las torres, no temas al mar (Con firmeza). ¿Que tienes miedo? Piensa mi niño que en la tumba nada sentirás, que allí la tierra no es negra ni fría la noche, que tus ojos se secarán. Abandona la paz y nunca, nunca mi niño tengas miedo más.

(Se descubren los espectadores. Entra el hada en ropas translúcidas. Saca a Giacomo del baúl y lo sienta sobre él, avanza hacia el proscenio, se ven sus nalgas, gira y vuelve a Giacomo. Lo sienta en sus piernas, lo acaricia, le susurra y lo besa, lo toma de la mano y lo sube a su cuarto, en el espacio elevado, lo acuesta, lo besa otra vez y sale. Al bajar las escaleras llama. . .)

**El hada** – Giacomo, Giacomo, Giacomo. . .

(Giacomo en la cama, apoyado en un codo, la mira fijamente, con inteligencia.)

## Tercera Escena – En el canal de la Brenta, camino de Padua

Un burchiello (góndola grande). Se proyecta sobre el fondo la filmación de una alameda vista desde abajo, en movimiento. Se siente un viento tibio, aromático. Casanova niño va en la barca con su madre, bella mujer. Casanova viejo narra al margen. El barquero es un viejo gordo y afable. El burchiello no se mueve, solo los árboles en la filmación. Giacomo está recostado sobre la pasarela y mira los árboles que pasan. En el trasfondo se ven las murallas de Padua, la torre de la universidad y el campanario de San Antonio.

**Casanova viejo** – Mi inteligencia y mis sentidos despertaron hambrientos y los sacié sin régimen ni moderación. Los fenómenos más triviales abrían a mis ojos horizontes enteros. ¡Padua, Padua!, desde tus torres divisamos tantas verdades, en tus teatros asistimos al interior de nuestros cuerpos, tus claustros nos dieron el arte. ¡Oh!, Galileo, maestro nuestro; Giotto, pintor del cielo, que nunca viste. ¡Ah!, bellas padovanas, hijas de magos y de genios, en el clímax de nuestros amores aprendí lo más importante: todas las artes, la máquina perfecta, la verdad y la vida misma habitan en mí. A los olmos que bordean el canal de la Brenta, camino de Padua, debo los cimientos de mi filosofía.

(Se acelera la proyección de los árboles.)

**Giacomo** – ¡Madre, madre! ¿Qué es esto, que los olmos andan?

**Zanetta** – (Sin burlase, resignada) ¡Anda la barca, hijo, no los árboles!

**Casanova viejo** – (Caminando hacia el proscenio) Ese día comprendí que como los árboles, el Sol puede estar quieto y la Tierra moverse; que el paraíso es morada exclusiva de héroes y sabios; que el infierno es un canto, el Papa un rey y el mundo un teatro.

(Mientras Casanova pronuncia estas palabras, dos hombres altos, vestidos de negro, plumas al sombrero y encapotados, lo observan con disimu-

lo, cruzan el escenario en direcciones opuestas y desaparecen furtivamente intercambiando una mirada.)

**El remero** — Ya se ven los muros de Padua, claustro de placeres.

**Giacomo** — ¿De placeres? De maestros y sabios, querrá decir.

**El remero** — Hijo mío, los sabios murieron. Léelos a todos, pero solo de la mano de una mujer avanzarás en su laberinto. No niegues tus besos a las novicias de San Antonio y entrégate al estudio en los pechos de las señoras de Padua. Las encontrarás paseándose por las arcadas de la ciudad, a resguardo de la lluvia y el sol. En cada una encontrarás un tratado del mundo, todos diferentes. En esas puertas que ves empiezan los caminos de Ancona y de Roma. Franquéalas ambas, pues es mi consejo que entre dos caminos siempre tomes ambos. Y hazte acompañar, querido mío, de una bella mujer o de varias. ¡Y que nunca se postre tu corazón! Yo te bendigo.

(Zanetta mira al remero y sonríe, Giacomo comprende, el remero ríe a carcajadas, con dulzura.)

## Cuarta Escena La monja de Murano

La monja es una hermosa joven. A la derecha, una capilla con bancas, la pila del agua bendita, una gran cruz y el corredor que lleva al altar. En el centro, separado de la capilla, el locutorio con dos sillones. En el espacio elevado, un apartamento de soltero veneciano con dos planos: en el primero, una mesa ricamente servida y dos sillas; en el segundo, un diván amplio. En las paredes elementos de ciencias ocultas y libros antiguos. Al fondo del escenario se ve la silueta de la plaza de San Marco. En primer plano, al centro, un pedestal y un pilar alto que sostiene al león de Venecia. Tres máscaras, una de fauno, una de ninfa, otra de niño negro.

**Casanova viejo** — (En el proscenio) — ¡Cuánta

razón tenía aquel viejo barquero! Años después, fundada mi educación y ya de regreso en Venecia, mi amada Caterina fue hecha prisionera en un convento de Murano por orden de su padre. Nuestro amor no convenía, decía el respetable mercante de trapos y cortinas. Durante dos meses no falté a las misas de domingo ni a las fiestas de guardar, y toda mi felicidad consistió en la mirada velada de Caterina desde la nave de las novicias. Pero, ¡Oh, Amor!, que me hallo en oficios de vísperas y cae a mis rodillas un sobre dorado en cinta púrpura, símbolos de los poderes en este mundo. Así empezaron mis amores con la Monja de Murano, maestra de todas mis intrigas. Caterina habría comprendido mi infidelidad. La soledad me carcomía en cuerpo, alma y otra vez cuerpo, y la Monja no hizo más que conservarme. . . para Caterina.

(Frente al altar Casanova hace un gesto masónico a hurtadillas. Los dos hombres de negro, encapotados, están sentados en bancas separadas. Dos monjas pasan.)

**Una monja** — ¿Quién es este devoto señor que guarda todas las fiestas, sufre tan gallardamente su melancolía y ostenta una fe tan pura? (Salen)

**La condesa** — (Entra, camina lentamente por el pasillo entre las bancas de la capilla, entrega un sobre a Casanova.) Señor, una sierva de Dios, de quien soy mensajera, desea conocerlo con la mayor discreción. Ella lo esperará pasado mañana en el locutorio del convento, una hora antes de nonas. Use máscara y diga en la torre que precisa ver al confesor de oficio.

(Los hombres de negro se levantan, tratan de escuchar la conversación, intercambian una mirada furtiva.)

**Giacomo** — (Primero sorprendido, luego halagado) Señora, me rindo a sus instrucciones. Que su amiga cuente con toda mi discreción y mi obediencia. (Salen)

(En el locutorio, Giacomo de máscara, la monja de Murano en hábito de monja.)

**Giacomo** — Hermana. . .

**Monja de Murano** — Señor, debe saber que soy monja por elección propia, que tengo nombre y fortuna y un protector generoso con derecho a todos mis favores.

**Giacomo** — ¿Un amante comprensivo, señora?

**Monja de Murano** — Así es. Cuento además con los medios para franquear los muros de este convento todas las noches que desee y a mi disposición un apartamento en el distrito de San Marco.

**Giacomo** — Ignoraba que las vestales de nuestros conventos disfrutasen de tanta libertad y que fuesen mis vecinas en los casinos de Venecia.

(Uno de los hombres de negro, encapotado, se aproxima a la entrada del locutorio y permanece allí en actitud de escucha.)

**Monja de Murano** — Señor, la libertad de que disfruto entre mis hermanas no es ni común ni rara, como tampoco lo es el oro que la compra. Deseo conocerlo en la intimidad, y dejo a su elección el lugar. Pasado mañana, una hora después de vísperas, ¿será usted mi huésped o mi anfitrión?

**Giacomo** — Señora, ofrece usted la libertad a quien se apresura a declararse esclavo. Permítame recibirla en mi propio apartamento de San Marco y retribuir sus prudentes maniobras con mi devoción, mis oficios y las salsas de mi cocinero.

**Monja de Murano** — Vendré de laica, con máscara y acompañada por un paje. ¿En qué lugar de San Marco me esperará?

**Giacomo** — Al pie del león, con máscara de fauno.

**Monja de Murano** — (Levantándose) Allí lo veré si Dios no se opone. Al encontrarnos, no hablaremos, solo condúzcame a sus aposentos. (Ofrece su mano)

**Giacomo** — (Levantándose) Hermana... (Besa su mano furtivamente. Salen)

(Entran Casanova y un rentista. Negocian el alquiler de un casino, Casanova en tono de gran señor.)

**Giacomo** — Busco el mejor apartamento del distrito y a un cocinero capaz de preparar para dos una cena de ocho platos, con esturión, ostras, perdicés, huevos duros y anchoas para la ensalada, vinos de borgoña y helados, todo para mañana y sin falta.

**El rentista** — (Hablando a saltos multiplica sus ganancias) Es difícil, mi señor... Su prisa me hace incurrir en gastos inusuales... Las anchoas deben

encargarse a Ancona o pagarse caras... Los borgoña escasean por estos días... los helados de Treviso pueden conseguirse, pero solo pagando a los postas del correo... En cuanto a los alquileres...

**Giacomo** — (Interrumpe impaciente) No escatime en gastos. Vendré mañana en la tarde a probar sus salsas y ver los aposentos. Recuerde, de todo solo lo mejor y que no haya errores. (Salen)

(Entra Casanova enmascarado, espera junto al león. Las dos figuras de negro cruzan por separado, observándolo. Casanova los percibe por primera vez, los sigue con la mirada, inquieto. Llega la monja con un paje, enmascarados. Suben al apartamento. Uno de los hombres de negro los observa por la espalda. Una vez sentados, Casanova hace sonar una campana y entran platos y botellas. Comen y beben con gusto mientras hablan.)

**Monja de Murano** — Dispone usted de una mesa regia, señor.

**Giacomo** — Indigna de Usted, señora.

**Monja de Murano** — Ostras de Dalmacia, abiertas y dueñas de sus perlas.

**Giacomo** — ¡Salud, Señora!

(Comen, beben.)

**Giacomo** — Brindo por su piel, señora, cuyos aromas eclipsan los de mis vinos desde la más insoportable distancia.

**Monja de Murano** — Sus gustos son excéntricos (Mirando a su alrededor).

**Giacomo** — ¿Lo dice por mis libros y aparatos, Señora? Prefería no hablar de temas tan peligrosos.

**Monja de Murano** — Sus aposentos son del gusto de un embajador

**Giacomo** — Los conozco a todos, pero compromisos con la república me impiden su sociedad.

**Monja de Murano** — ¿Es acaso mi anfitrión un urdidor de intrigas?

**Giacomo** — ¿Hay algo en el amor que no sea intriga?

**Monja de Murano** — No, puesto que su único aliado es el deseo y todo en el mundo se opone a ellos.

**Giacomo** – ¿Incluso Dios?

**Monja de Murano** – Para Dios todos sus hijos somos iguales, lo que demuestra que no ama a ninguno.

(Casanova se levanta admirativo y la besa. Van al diván, se desvisten lentamente, caen en el diván, hacen el amor.)

## Quinta Escena – Escape de las prisiones de Venecia

**Casanova viejo** – El destino marca el camino, verdad más clara nunca aprendí. Los patricios de Venecia siempre quisieron reservarse el monopolio del libertinaje, pero desde mi más tierna juventud los excedí a todos en el favor de las mujeres y la perseverancia en los placeres. Nunca sabré si el pretexto de los inquisidores para terminar con mi libertad fueron mis andanzas de convento o mis sentencias epicúreas. ¡Ah!, y nunca lo olviden: si en la noche una voz desconocida los llama por su nombre, nunca responden.

(De noche, entra Casanova y camina frente a la estatua del león. Salen a su paso cinco esbirros de Messer Grande.)

**El jefe de los esbirros** – ¿Giacomo Casanova, plebeyo de la República?

**Giacomo** – Por mi tono y mis letras, gentilhombre. ¿Quién me requiere?

**Otro esbirro** – La República.

**Giacomo** – Siempre he sido suyo.

**Otro esbirro** – El Tribunal de los Inquisidores de Estado ha ordenado su detención. Tenemos órdenes de Messer Grande.

(Los esbirros llevan a Casanova al salón del Tribunal. Los tres inquisidores hablan detrás de una compuerta pesada, desde lo alto.)

**Los tres inquisidores** – Giacomo Casanova, se lo acusa de ateísmo, apostasía y faltas a la moral de la República. Este serenísimo tribunal lo sentencia a permanecer cinco años en las prisiones de Los Plomos, a

partir de ahora. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

**Giacomo** – (Con miedo en la voz) Soy inocente, serenísimos patricios. Creo en Dios todopoderoso, en la Madre Iglesia y en la justicia de los grandes de mi patria. Reniego de la magia y digo que solo sirve para embaucar idiotas. (Subiendo la voz a cada frase) Me declaro enemigo de las doctrinas padovanas, de los anatomistas, de los astrónomos, de los filósofos. En cuanto a la moral, serenísimos patricios, he sido presa de mis pasiones, pero nunca con malicia. (Al borde del llanto) Imploro la misericordia de este santo tribunal.

(Los tres inquisidores no responden, dan la espalda a Casanova y la puerta se cierra pesadamente, con un sonido terrible. Casanova implora clemencia mientras es arrastrado a su celda en la parte elevada.)

**Giacomo** – (Una vez arriba, encerrado) ¡Malditos patricios, esto pueden hacer a quien no posee títulos, ni tierra, ni profesión, a quien no es siervo de nada ni de nadie! Así que la prisión es el castigo de los libres en la república de Venecia. (Se golpea contra los muros, grita desesperado, pierde el control). ¡Soy inocente, inocente, inocente, inocente, inocente...!

(Entra el carcelero y le habla con calidez.)

**El carcelero** – ¡Serénate veneciano, serénate! Solo la calma te permitirá sobrellevar la prisión. Si no logras conciliarla enloquecerás y tendremos que estrangularte. (Sale)

(Se bajan las luces y se mantiene la oscuridad unos instantes.)

**Giacomo** – (Sorprendido y con miedo; se recupera progresivamente) ¡Ah!... ¿Quién soy yo para desafiar a los inquisidores? Nadie, pero ni el plomo ni la piedra me retendrán. Me ahogo entre estas planchas que hacen hervir mi sangre. Un aire vítreo pesa como arena caliente sobre mi mortaja. Apenas recibo una sombra de luz y las pulgas me arrancan la carne y el sueño. Mi carcelero es un ruin y mis vecinos canallas. Les demostraré lo que puede quien ha perdido todo menos la rebeldía. Mi lugar es la luz, la brisa, los salones. (Cantando para sí, empieza su fuga) Carcelero, mi valija por un cincel... véndete carcelero, véndete...

gracias carcelero, te deberé mis días. (Abre el techo con el cincel) Uñas, manos, dientes... Romper, escarbar, arañar, morder... estos muros de piedra, esta caverna de hierro... Giacomo, vete de aquí. (Logra salir por la parte alta). ¡Ah!, el aire, Venecia, (decae su voz) el exilio. Messer Grande, te dejo mi patria. Patricios de Venecia, les perdono mi prisión, ustedes olviden mi fuga. (Se descuelga tembloroso con una cuerda que desata de su cintura).

## Intermedio

### Sexta Escena – Henriette

El salón de Du Bois, noble sofisticado y feo. Entre sus invitados se encuentran Casanova, un conde y cinco cortesanos (tres mujeres y dos hombres).

**Du Bois** – El arte, mi querido conde, es un lienzo en blanco en el que estampamos nuestras pasiones más puras.

**El conde** – ¿Propone usted emanciparlo de la razón, señor Du Bois?

**Du Bois** – Por completo. Piense usted en los cuerpos de nuestros bellos comediantes cubiertos hasta la asfixia por los ropajes más ridículos. Yo propongo lanzarlos al escenario en pleno invierno, sin la menor hoja que cubra sus virtudes.

**El conde** – Habla usted por hablar, mi buen Du Bois. ¡Jamás se atrevería a hacerlo ante un público de tono!

**Du Bois** – ¿Eso cree? Lo veremos esta misma noche... (Asumiendo el tono del perfecto cortesano) Por cierto, señor Conde, ¿sabía usted que está entre nuestros invitados Giacomo Casanova, el famoso prófugo de las prisiones de Venecia? (Llamando a Giacomo, quien conversa con el grupo de hombres y mujeres) ¡Signor Casanova, signor Casanova!

**Giacomo** – Señor Du Bois... (Girando hacia el conde), Su Excelencia...

**El conde** – ¿Es cierto lo que se comenta sobre su escape de Los Plomos? Nadie había dado la espalda a esas tristes prisiones sin el consentimiento de los inquisidores de la República (con ironía).

(Entra Henriette, hermosa, espléndida, llena de gracia. Todos la miran. Casanova se extasía y pierde por completo su atención al conde.)

**Du Bois** – ¡Ah! Henriette, querida mía. Llegas a tiempo. (Con ironía) El signor Casanova está a punto de narrarnos su heroico escape de las prisiones de Venecia.

(Henriette avanza directo hacia Casanova y le ofrece su mano. Él la besa lentamente. Los demás cortesanos se acercan para oír la historia.)

**Giacomo** – (Recita prosódicamente, con gran elocuencia y bella entonación; dirige su mirada a Henriette cada tanto). El escape de los Plomos en mi patria, nobles damas y señores, se tenía por imposible hasta el día en que la fortuna bendijo mis esfuerzos. Mantuve la esperanza; la fuerza y el arrojo llegaron por añadidura. Me valí de un gran cincel de hierro que obtuve de un carcelero venerable para perforar dos pesadas láminas de plomo en el techo de mi celda, y de toda mi sangre fría para descender los empinados techos y muros del majestuoso palacio del Dogo (Henriette lo escucha en trance). Me fueron necesarias una cuerda de sesenta metros y una resistencia que desconocía en mis músculos. En San Marco al fin sentí la brisa de mi libertad.

**Henriette** – (Con intenso interés). ¡Oh! ¡Pero, signor Casanova, corría usted un grave peligro paseándose por las galerías de San Marco!

**Giacomo** – Así es, señora, muy grave. (Le sonrío con dulzura) Inmediatamente contraté dos remeros, cuyas fuerzas multipliqué al precio de mis últimas joyas. Me condujeron a Mestre. Crucé la frontera austriaca entre riscos y espías y me presenté al barón de Valsugana, bajo cuyo imperio y gracia me puse a salvo de los esbirros de Messer Grande. (Hace una reverencia).

**Du Bois** – (Aplauda). ¡Bravo, signor Casanova, Bravo! Nos ha conmovido usted. (En tono cortesano).



Amigos, oído el relato de nuestro prófugo de honor, me corresponde entretenerlos. Tomen sus lugares y sean espectadores de mi humilde arte.

(Los cortesanos llevan las sillas al frente de un pequeño escenario. Du Bois sale de escena, suena música, ingresa disfrazado con alas de mariposa y una larga trompa. Entran un joven y una joven casi desnudos. Ejecutan una representación.)

**Du Bois** – (Cantando y moviéndose con lascivia, sin llegar a ejecutar una danza, mientras el joven danza lejos y la joven se le ofrece desde muy cerca)

*Brota de lo hondo un deseo,  
cubre con niebla,  
la luz de mis ideas y  
aniquila en mi cuerpo la paz.  
En urgencia de carne rosada  
buscan mis ojos formas de piel,  
se amparan mis manos de senos danzantes,  
rasgo el velo sobre nalgas de gelatina (hace  
ambas cosas).  
Mas persisten mis ansias y crecen,  
falta a mis ojos  
su propio reflejo,  
a mis manos  
un molde de hierro.*

(El joven pasa de largo, danzando al son de un ballet que suena para él. La joven, despreciada, sale corriendo sin danzar.)

**Du Bois** – (Acercándose y tocando al joven, quien se resiste al principio y trata de seguir su danza)

*He aquí lo que quiero,  
esto es lo que busco:  
pasos recios,  
formas fuertes.  
A su contacto  
se hiela mi vientre,  
mis manos se llenan,  
hierven mis nalgas.*

(El joven cede al fin y cae en brazos de Du Bois, quien lo cubre con su manta sugiriendo la unión. El joven se queja y gime, Du Bois resopla, ruge y ríe bajo la manta.)

**Du Bois** – (Asoma su cabeza, mira a los lados, a los dos públicos, se yergue, el joven cae exánime. Du Bois se dirige a su público como colofón de su representación) Señores, señoras, demuestro con esta pequeña representación, inspirada en la más noble pasión, que los hombres nos bastamos y que las mujeres solo existen para acudirnos en la reproducción de... (hace una pausa)... nosotros mismos. (Se dirige a las mujeres presentes) Amigas mías, cuento con su comprensión y su aquiescencia.

(Los cortesanos aplauden. Todas las mujeres ríen con una risa falsa, sofisticada, y aplauden. Casanova aplaude y sonríe con tolerancia, pero se revuelve en su silla.)

**Du Bois** – (Ya sin actuar, respondiendo a los aplausos y sonriendo con la inquietud de quien baja de las tablas, se dirige hacia Casanova). Signor Casanova, estoy preparado para la crítica más inclemente.

**Giacomo** – Mi querido Du Bois, admiro su dominio del tablado, me emociono con su canto y aprecio la maestría de sus movimientos alados, pero debo disentir categóricamente de su conclusión. Es cierto que pone usted en escena una fuerte pasión, mas nada demuestra contra la clara superioridad de las mujeres en este mundo y en el corazón de los hombres.

**Du Bois** – Signor Casanova, no necesito demostrarlo. La debilidad del carácter y la inteligencia de las mujeres, la volubilidad de sus emociones y la inconstancia de sus afectos han sido verdades de puño para los sabios de todos los tiempos. Lo suyo es darnos a la luz, nada más.

**Giacomo** – Pero Du Bois, ¡sus palabras, más que contra las mujeres, se dirigen contra la vida misma! Ellas dan a luz... ¡pues deberíamos envidiarlas! Además, está claro que las mujeres son más suaves, más compasivas, más generosas, y por lo tanto más razonables que nosotros los hombres. Sí, es cierto que sus brazos y piernas son menos fuertes que los nuestros, pero los asnos y los bueyes nos triplican en esa virtud, y no por ello los tenemos por nuestros mayores. Nos valemos de un exceso de fuerza bruta para tiranizarlas,

para violentarlas, para sentirnos sus amos, pero, ¡señor, solo podemos aspirar a ser sus aprendices! Ellas tienen la capacidad de darnos la vida, de mantenernos en ella, de resolver todas nuestras dudas y apaciguar todos nuestros miedos con una caricia, con un beso.

(Las mujeres se vuelven hacia Casanova sorprendidas, cada una sonríe a su manera, todas dulcemente. Henriette celebra con una risa franca, dulce y valiente. Los hombres se ven perplejos, uno ríe entre dientes, el otro mira en el vacío, Du Bois se conturba por un instante, mas lo oculta tras unos segundos con su actitud mundana.)

**Henriette** — ¡Bravo, signor Casanova, bravo! Pronuncia usted palabras inéditas.

**Du Bois** — ¡Signor Casanova! No rindo mis argumentos, pero callo ante el entusiasmo de la bella Henriette. Nobles amigos, los invito a pasar al salón del café. ¿Me siguen?

(Salen. Casanova y Henriette se quedan.)

**Henriette** — Signor Casanova, dejemos el café a los actores y su público. Quisiera oír más de sus labios sobre asnos y bueyes, hombres y mujeres.

**Giacomo** — Dulce Henriette, usted y solo usted inspiró mis palabras, pero en este instante su belleza tiene el efecto de ahogarlas.

(Se acerca a ella con arrobamiento, la toma de los hombros con dulzura y la besa con toda suavidad. Ella se entrega por completo. Suben al porche, en donde hay una cama. Se rinden a ella con completa igualdad, lentamente. Sus movimientos son armónicos, ninguno guía. La escena en la cama dura un minuto largo. Comienza un efecto lumínico, sube y baja la intensidad de las luces. Se oyen truenos, se ven rayos.)

**Giacomo** — Henriette, Henriette, ¿qué hice para que llegaras a mis brazos? ¿Qué hado se puso de mi parte? Tengo miedo, Henriette. . .

(Ella lo abraza con fuerza. Se tiende sobre él. Él mira sobre su hombro, con aprehensión. Segundos después entran tres esbirros con estrépito, se acercan a la cama, con firmeza pero sin violencia toman a Henriette de los brazos, Casanova trata de interponerse, lo reducen.)

**Un esbirro** — (Con voz firme y clara, sin sobresaltarse). Signor Casanova, nunca más verá usted a la señora, no la buscará. Derechos más altos que la pasión rigen sobre ella. Si la busca la hará infeliz y usted morirá.

(Atan las dos manos de Giacomo a la cama. Henriette lo mira con amor, sin decir palabra se deja llevar.)

**Giacomo** — ¡Henriette, Henriette, Henriette, (susurrando) Henriette, Henriette. . . ! (Declama de Ariosto unos versos melancólicos).

*¡Ah!, furioso Orlando, perdida Angélica cantabas:*

*Injustísimo amor,*

*¿Por qué me impides vadear tu río*

*donde las aguas son calmas y cristalinas?*

*¿Por qué me obligas a remontar orillas abruptas,*

*a cruzar corrientes turbias y profundas?*

*Angélica, Henriette, Henriette. . .*

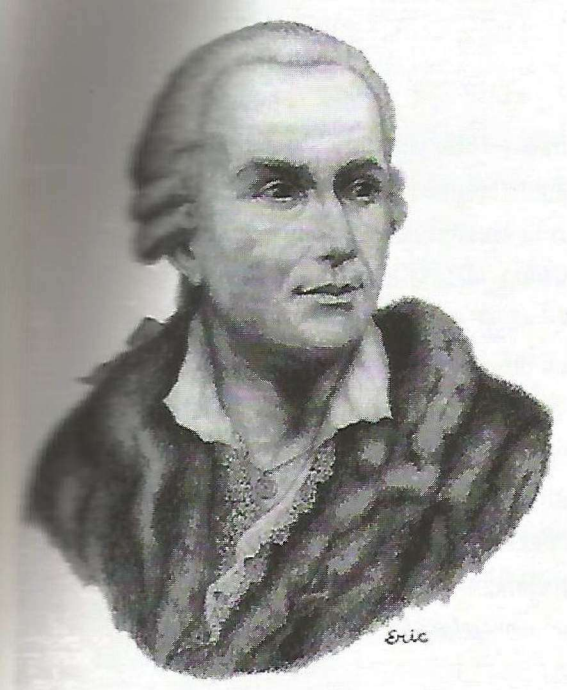
*Divino Ariosto, hermano mío. . .*

(Se duerme con las manos aún atadas, las piernas dobladas como un niño)

## Séptima Escena Madame d'Urfé

En el hotel de Madame d'Urfé. Un salón decorado con alusiones a las ciencias ocultas y con tres personajes excéntricos.

**Casanova viejo** — ¡Ah, dulce sueño, tónico en mis adversidades! Todas mis tristezas pude remediarlas con treinta horas sobre las plumas de un buen colchón. ¡Henriette, amor mío, (con un suspiro y la expresión marcada por la paz y el éxtasis) con tu aroma aún en mi piel llegué a París, capital del mundo y mi segunda patria. Fui introducido en el salón de la generosa Marquesa d'Urfé, frecuentado por el charlatán Saint Germain y el nonagenario conde de Arginy, antiguo cortesano del Rey Sol. Urfé, prima lejana de la reina,



practicante de las ciencias ocultas y, desde el día en que me vio, devota creyente de todas mis patrañas.

(Casanova, Urfé, Arginy, muy viejo y elegante, Saint Germain, gordo y afectado, Remigio, en hábito de franciscano con la capucha calada, que le cubre el rostro.)

**Madame d'Urfé** — Monsieur Casanova, como se habrá dado cuenta en este salón todos somos iniciados en las ciencias herméticas. Su reputación lo antecede y le rogamos hable sin temor sobre un asunto delicado. El conde de Saint Germain, artífice de lo imposible, se muestra escéptico sobre los ritos y fórmulas que abren las puertas de la inmortalidad. Quisiéramos conocer su opinión.

**Saint Germain** — (Irrumpe) Marquesa, ninguna sustancia material, sea ella ígnea, acuosa, aérea o terrosa, es inaccesible a mi arte. Tampoco lo es ningún afecto o emoción humana, pero la inmortalidad... la inmortalidad es el coto vedado a todo oficiante de nuestras artes.

**Giacomo** — (Dirigiéndose a Urfé) El señor conde habla con prudencia, pues se abstiene de revelar un rito antiguo conocido solo por los oficiantes más expertos. Yo lo recibí de boca de mi viejo maestro de Padua, en su lecho de muerte.

**Arginy** — (Con una sonrisa de picardía). ¡Viejo y

padovano! Combinación severamente proscrita en la corte de mi celoso Rey Luis.

**Giacomo** — Y no sin razón, augusto Señor d'Arginy. La escuela del gran Paracelso floreció en Padua con una rara inclinación a la rebeldía y la irreverencia. Ni mi maestro ni yo compartimos estos malos sentimientos y por ello soy libre de declararme súbdito fiel del nuevo Luis de Francia.

**Madame d'Urfé** — Monsieur Casanova... Giacomo... vous me permettez? (Sin esperar su asentimiento). ¿Pero, qué método antiguo es ese, tan misterioso?

**Saint Germain** — (Irrumpe una vez más) No existe tal método.

**Giacomo** — ¡Pero sí que existe, señor conde! ¿Qué sentido tiene ocultarlo a practicantes avanzados? Sin embargo, Madame, debe usted saber que este rito solo puede ser operado en las mujeres.

**Remigio** — ¿Antepone usted la inmortalidad de las hembras a la de los varones, Casanova?

**Giacomo** — No, venerable Remigio. Solo digo que por vía de este rito particular tan solo las primeras pueden acceder a ese estado.

**Madame d'Urfé** — Nos mantiene usted en vilo, Giacomo

**Giacomo** — El método en cuestión, Madame, auspicado por Anubis y Príapo, supone el coito ritual entre el oficiante y la aspirante. Las fórmulas pronunciadas durante el mismo y los cuidados constantes durante los siguientes nueve meses, que no puedo revelar extra rito, efectúan la resurrección de la aspirante en el cuerpo de su hijo al instante del alumbramiento. Gracias a ciertas formulas supletorias este hijo siempre será varón. De otra manera el procedimiento sería ineficaz.

(Entra una bella y joven sirvienta, Xantine, con una bandeja; Giacomo la mira; Urfé los observa sin molestarse, sonrío; Urfé recibe la bandeja y despide a Xantine con dulzura. Saint Germain se muestra inquieto, pero se contiene. Remigio se retira sombrío a un rincón, palmotea y refunfuña.)

**Arginy** — El joven padovano habla con verdad. El rito de que habla era conocido por los iniciados

en la corte del Rey Sol. Al ministro Corbet oí decir alguna vez que por estos oficios nació nuestro nuevo Rey, quien en consecuencia no sería otro que su propia madre. (Arginy pronuncia estas palabras con convicción, las últimas con un leve desprecio y la mirada perdida).

**Madame d'Urfé** – ¿Este método... está sujeto a restricciones?

**Giacomo** – Solo ser mujer, Madame.

**Madame d'Urfé** – ¿Oficiaría usted para mí, apuesto sacerdote?

**Giacomo** – Por supuesto, Madame. (Haciendo una reverencia).

(Salen. Casanova viejo introduce un nuevo día.)

**Casanova viejo** – Nunca engañé a quien no quisiera ser engañado y la bella Urfé tenía derecho a soñar con su juventud perdida. Mi primera satisfacción fue la victoria contundente sobre el pretencioso Saint Germain. Lánguido y pusilánime, no podía competir conmigo en esta treta, ni concebirla. Gracias a vuestra excelencia, señor de Arginy, y a vuestra nostalgia. ¡Ah, exquisita Xantine, qué bien jugaste tu papel...!

(Un laboratorio de ciencias ocultas limitado por un círculo. Un diván a la altura del medio cuerpo de Casanova. En el centro un gran reverbero, bajo y ancho, sostenido sobre un trípode, con fuego. Una estatuilla de Anubis de perfil, un Príapo, también de perfil. Un cuenco con flores y frutas, pan, vino en una botella transparente.

Entran Casanova, Urfé y Xantine. Casanova disfrazado de fauno, con una corona de flores en la cabeza, correas ceñidas en brazos y piernas, una capa blanca y larga, en paños menores bajo la capa. Xantine en paños muy menores, sin capa, con muchas correas negras sobre su piel blanca. Urfé en una bata de hospital decorada bellamente, abierta del todo atrás y que deja ver su culo caído. Casanova lleva a Urfé en brazos, Xantine sostiene su capa justo sobre sus nalgas, los tres dan una vuelta completa, se detienen de espaldas al público, frente al reverbero, se arrodillan y se inclinan, se ven los traseros de Xantina y Urfé, la capa blanca de Casanova con un

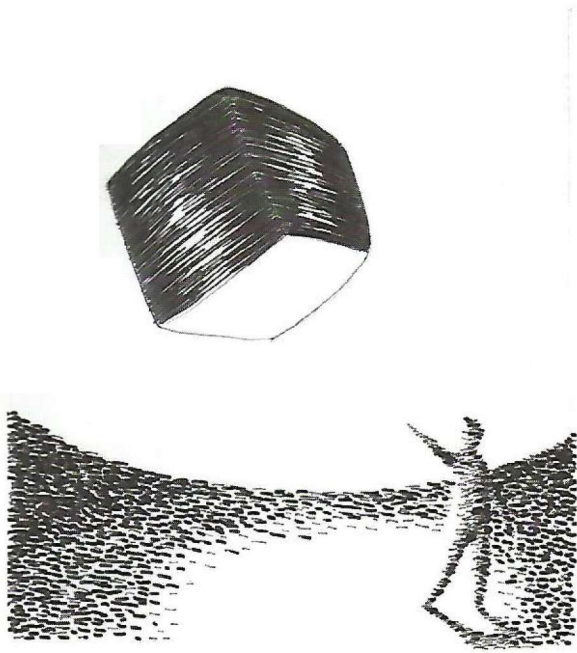
dibujo indescifrable. Urfé sonrío beatífica y se excita progresivamente.)

**Giacomo** – (Urfé en el diván, sus piernas abiertas, Casanova de pie la penetra y se mueve progresivamente más rápido, a medida que pronuncia conjuros cada vez más eufóricos). ¡Ego sum speculus vitae, triticum semen atque ad aeternitates pons! ¡Salve Anubis, Priapus, Cibeles, trinidad de la vida! Vos immolo panem, victos, vinum, flosculus, fructos. (Tomando un trozo de pan, la botella transparente con vino, frutas, flores). Aanuuubis, canis nigrum, noctae domine, sphinx qui répond à toutes les questions. (Hace una señal a Xantine. Ella se inclina paralela a Urfé, le levanta la bata, la acaricia y la besa. Las nalgas de Xantina dan la cara al público y a Casanova, quien las toma con decisión y las amasa. Su voz se acelera progresivamente). Cibeles, mater terra, de carne podrida haces verdes manzanas, de los grises muertos niños rosados, bella dona di gran culo e terso viso. Priapus, te invoco, (extasiado revierte a su propia lengua) ispirazione dei miei coglioni, vulcano tra le mie gambe, forza sacra nel scroto, agi meo membro. (En crescendo, mientras se mueve en Urfé y a medida que progresa su excitación). Arrmos, carrrrmos, parrtos... dabra, bra, calandra... cornocal... fosa rosa... ¡Urfea mea, Urfea tuua, Figlio di Urfea, Urfea semper! ¡Sea! (Acaba y cae postrado sobre el cuerpo exánime de Urfé. Xantine se recuesta sobre la espalda de Giacomo y los abraza a los dos).

## Octava Escena – Impotencia

En una taberna inglesa. Se ve desde el lateral del escenario una calle inglesa, el extremo de un coche estacionado y el cochero recostado contra él. Casanova come y trata de beber cerveza. Lo atienden un tabernero y un joven proxeneta, quien trae una sucesión de cinco mujeres.

**Casanova viejo** – Los romanos dicen que Roma es la capital del mundo. Igual oí decir en París, además



de sentirlo en lo hondo de mi espíritu cada vez que me expuse a sus luces. Los ingleses dicen lo mismo de Londres... Todos tienen razón. Por cierto, no me sorprendería oír lo propio de los mismísimos tehuelches. Pero, señores, dignas señoras (haciendo una ligera reverencia), Inglaterra es otra cosa, lo que basta para confirmar a los ingleses en su convicción de que Londres es la capital universal... de los ingleses (con una pausa y en tono alto, de paradoja). En cuanto al Támesis, cinta negra de voraces remolinos, por poco me quita la vida. Aunque, en rigor, mis verdugos fueron un par de arpías que no merecen el nombre de mujeres. En Londres empecé a morir, hace ya treinta años.

(Casanova joven, sentado, con un plato de roast-beef y una cerveza en la mesa, que no le gusta. Entra el joven proveedor de mujeres.)

**El proveedor** – Mister, no tiene usted el aire de los que se conforman con la fiel cerveza como única compañía, eh... .

**Giacomo** – ¿De qué hablas, muchacho?

**El proveedor** – De mujeres, sir.

**Giacomo** – ¡Ah! (con sorpresa y evidente placer).

**El proveedor** – Usted ordene, señor.

**Giacomo** – (Pausa). ¡Sea, pues! Muéstrame lo que tienes.

**El proveedor** – Señor, un shilling... para el cochero.

(Casanova entrega la moneda; sale el proveedor; solo con la cerveza, la prueba, la reprobación. Desde la derecha el cochero empuja suavemente a cada una de las mujeres hacia el proxeneta. Entra con una joven gordezuela, quien hace una reverencia. Casanova la mira con sorpresa. El joven permanece cerca de la mesa.)

**Giacomo** – Buenas tardes... miss...

**Miss Smith** – Smith, sir, Miss Smith.

**Giacomo** – ¿Puedo convidarla a una pinta de ale, miss Smith?

**La gordezuela** – Encantada.

(El tabernero trae la cerveza rojiza. Miss Smith la bebe en dos tragos. Casanova mira furtivamente al joven proveedor, reprobatorio. El joven la toma de la mano, salen. Aquél retorna en escena de un salto, extiende su mano, Casanova le da otra moneda, sale. Casanova suspira de alivio. El cochero empuja una flaca alta hacia el joven. Entran, la flaca hace una reverencia y se presenta.)

**La flaca** – Good evening, sir.

**Giacomo** – Buona sera, signorina, eh... .

(Casanova mira incómodo al joven, quien ríe, se acerca, saca a la mujer del recinto y sale. El cochero pasa una pelirroja baja y con trenzas, entran. Se oye la risa del joven.)

**La pelirroja** – (Con un fuerte acento inglés). Je suis enchantée de faire votre connaissance, mister.

**Giacomo** – Eh... . Yo también, señorita... .

(Casanova mira al joven con impaciencia y levanta los brazos. El joven ríe, toma a la pelirroja de la mano, entra de nuevo, solo.)

**Giacomo** – Eeey, pequeño canalla, ¿qué sucede contigo, te burlas de mí?

**El proveedor** – (Entre risas) Tranquilo señor. Tiene usted gusto exigente.

**Giacomo** – Exigente no, hombre, razonable.

**El proveedor** – Una libra señor, déme usted una libra y no se hable más.

(Casanova se la da con una sonrisa de picardía, se acomoda en su silla.)

**Giacomo** – (Gritando) ¡Tabernero, vino francés... y no se hable más!

(El tabernero sirve el vino. Afuera se ve al cochero riendo y propasándose con dos bellas mujeres, quienes también ríen y se dejan besar. El joven sale, el cochero le pasa las dos mujeres y entran los tres tomados de la mano.)

**Giacomo** – Veo por fin que la belleza y la abundancia son posibles en la gris Britania. Bien hecho, muchacho... señoritas... (Se incorpora, las invita a la mesa; el joven sale; las jóvenes se sientan con brusquedad).

**La Primera prostituta** – No tenemos mucho tiempo, sir.

**Giacomo** – (Se sorprende, pero no pierde el buen humor) Yo tengo todo el tiempo del mundo, dulces valquirias.

**La Segunda prostituta** – (Enfática y fría). Sir, no tenemos mucho tiempo, ya lo ha oído usted.

**Giacomo** – (Muy sorprendido esta vez, pierde la palabra) Ehhh... como ustedes digan...

(Una de las prostitutas sube con paso seguro al cuarto alto, la otra la sigue con paso firme, sin mirar atrás. Casanova sube. Las mujeres se desvisten mecánicamente y se tumban sobre el gran diván. Casanova las observa pasivamente y sin emoción se tumba junto a ellas. Las mujeres miran el techo. Él las toca, ellas no responden, él insiste, no puede, se acaricia a sí mismo, observa el resultado, no hay ninguno, finalmente se sienta en el borde del diván y se acomoda el pantalón, desolado.)

**Giacomo** – Amigas mías, el frío de sus cuerpos y su silencio entumecen mi alma.

(Las dos mujeres saltan de la cama como fieras, se visten de un golpe y prorrumpen en insultos, inclinándose y manoteando como si fueran a atacar.)

**La segunda prostituta** – (Entre gritos y carcaja-

das). ¿Tu alma, Casanova, tu alma? ¡Cómo se ve que tu patria es un pantano, fanteche! Te lo dice una puta, que de hombres flácidos conoce bastante. ¡Oh yessss!

**La primera prostituta** – (Cantando sus palabras con suma ironía). El gran Casanova, servidor de mujeres... ¡Yeahh right! ¡Tu lanza es un gusanillo inofensivo, my dear, y a fe mía que en virtud de su pobreza podrías pasarla por el ojo de una aguja, you prick!

**Giacomo** – (Mientras habla se oyen las carcajadas de las dos mujeres) ¡Víboras, monstruos crueles! ¡Ásperas como una tabernera de arrabal, violentas y vulgares como marinos borrachos! Apestan a leche rancia, a cerveza y a grasa; carecen de conversación y de gracia. ¿Qué esperaban de mí, arpías? Ustedes deshonran a la feminidad, de la que no tienen más que la apariencia.

**La primera prostituta** – Hablas con rencor de aquello que no pudiste despertar, Casanova. ¡It is all your fault!

**La segunda prostituta** – Casanova, tienes un muertito entre las piernas, ¿y quieres culparnos a nosotras? ¡You, pathetic punk!

(Las dos prostitutas salen entre carcajadas. Casanova desciende del cuarto alto, lentamente y abatido. La escena sigue sobre el puente de Londres, a orillas del Támesis.)

**Giacomo** – (Dirigiéndose a su miembro). Tú, tú, tú... Primera vez que me haces esto, ¿por qué, por qué, por qué? Te lo he dado todo, siempre, y hoy te rebelas. ¿Renuncias para siempre? Una vez basta, comprendo tu gesto, miserable disidente. ¿Así es que me condenas a la muerte? Si no hay otro remedio, sea, pero morirás conmigo, ingrato.

(Se dirige hacia el río con dignidad, compone sus vestidos, inserta una pluma de colores en el sombrero, se lo cala, se pone sus anillos.)

**Giacomo** – ¡Ah!, el más negro de mis días, peor que los Plomos, donde me acudía la rebeldía, peor que el rapto de Henriette, que con fuego imprimió en mi alma recuerdos perfectos. Será, pues, el último. ¿Que razono sin lógica? Es posible, pero ni la vida, ni la muerte ni



(mirándose entre las piernas) el comportamiento de este traidor tienen ninguna. ¡Ah!, Tasso, amigo mío, acompáñame en el postrer momento. (Recoge rocas que pone en los bolsillos de su chaqueta; entra al agua y recita). ¡Ah!, me abraso. ¿Qué hielo es este que corre por mis venas y ahoga mi pecho en llamas heladas? No, médico. No es propio de tu arte curar esta calentura. No creas que para mitigarla bastan tus brebajes. Ni el Po entero me daría alivio alguno. No soy indócil, escucho la razón y la sigo... hasta la muerte. Soy superior a toda debilidad... pero, ¿qué de la violencia? ¿De qué pende el hilo de mi vida? De un golpe... Y puedo aventurarlo en cualquier instante. ¿Crees acaso que me falta valor? Me quitaste la esperanza, ya verás...

(Entra una bella mujer negra cantando y cargando un bebé en un brazo y un balde con ropa blanca. Se aproxima a la orilla, pone el bebé a su lado y comienza a lavar, siempre cantando para él.)

**La mujer negra** – (Cantando). Dué'mete niño, dué'mete ya, que viene e' coco y te comerá. Dué'mete, dué'mete pue', que tu mama lava pa' da'te e' comé. Lava que lava, lavá y lavá, mira niño a tu mamà lavá. Niño he'moso, niño mío, riéte niño. Ve pue' el agua corré, la' nube'ita pasá, lo' a'bolito' bailá. Mi'a niño,

mi'a a tu mamá, que t'hace mimo' al lavá. Niño mío, niño he'moso, tu mama lava pa' da'te e' comé. (Bis)

(Casanova la escucha, la busca con los ojos, saca las piedras de sus ropas y las deja caer, sale a la orilla. Se acerca a la mujer y la escucha extasiado.)

## Novena Escena Rapsodia Luterana

En una corte prusiana se respira ebriedad. Tres nobles sentados en altos sillones rojos y cuatro músicos, tres organistas y un violinista que se desplaza constantemente. Dos grandes mesas con libros abiertos, tinteros, plumas y mucha cerveza. Los tres organistas sentados sobre bancos altos tocan una música desbocada.

**Casanova viejo** – Los vientos insistieron en soplar hacia Oriente y a él llevé mis pasos. Estambul, Moscú, San Petersburgo, Praga, Prusia, tierra de guerreros metafísicos. No sé si las notas del espíritu alemán son demasiado altas o demasiado bajas para mis oídos. Jamás pude percibir las. Nada obtuve en esa tierra de castillos que parecen flotar en el aire.

(Los tres nobles vestidos desaliñadamente, sin elegancia, las camisas abiertas, en sus sillones. Los músicos tocan. Casanova es anunciado por un lacayo.)

**Un lacayo** – ¡El señor Giacomo Casanova, caballero de Seingalt!

**Primer noble** – (Dirigiéndose al segundo noble, con un gran vaso de cerveza en la mano) ¿Caballero de dónde?

**Segundo noble** – (Dirigiéndose a Casanova, aunque más atento a un vaso de cerveza a rebosar) Adelante, Casanova, adelante

**Giacomo** – Nobles señores, me atrevo a interrumpir su diversión para poner todas mis habilidades a su servicio.

**Tercer noble** – (Dirigiéndose a Casanova mientras da órdenes al violinista). ¿Habilidades musicales, señor Casanova?

**Giacomo** – No exactamente, señor. Conozco la

manera de triplicar las rentas de sus feudos en el curso de un año...

(Los tres nobles ríen fuertemente y lo interrumpen para brindar estentóreamente.)

**Giacomo** – ... tal y como lo hice en el principado de Novgorod.

(Interrumpen los músicos con un gran redoble, los nobles ríen y brindan otra vez.)

**Giacomo** – Domino las técnicas de la erudición...

Interrumpen los nobles, los músicos, todos.

**Giacomo** – ... lo que me faculta como historiógrafo de la corte...

(Interrumpe el primer noble.)

**Primer noble** – Y la Filosofía, Casanova, ¿eres filósofo?

**Giacomo** – Por supuesto, señor. Conozco las doctrinas de Helmont, Boehme (pronuncia “elmon” y “bume”) y Gassendi a la perfección. Decía que puedo servir como historiógrafo, archivero y secretario de la corte...

**Segundo noble** – No, Casanova, no los teósofos, hablamos de Leibniz, de Lessing, del joven Kant.

**Giacomo** – Conozco sus doctrinas, pero las desapruebo en su mayor parte. (Los tres nobles se miran y ríen fuertemente. Casanova hace una breve pausa). También puedo encargarme de la educación de los jóvenes herederos mediante un método de mi invención que garantiza su perfecta formación en un período de...

**Tercer noble** – Nuestros herederos son unos disolutos indomables y deberías agradecer a la fortuna que nunca los conocerás (Ríen a grandes carcajadas).

**Giacomo** – (Todavía logra sonreír, mira a su alrededor y dice tras una breve pausa) Bella música señores, aunque ejecutada con demasiado brío...

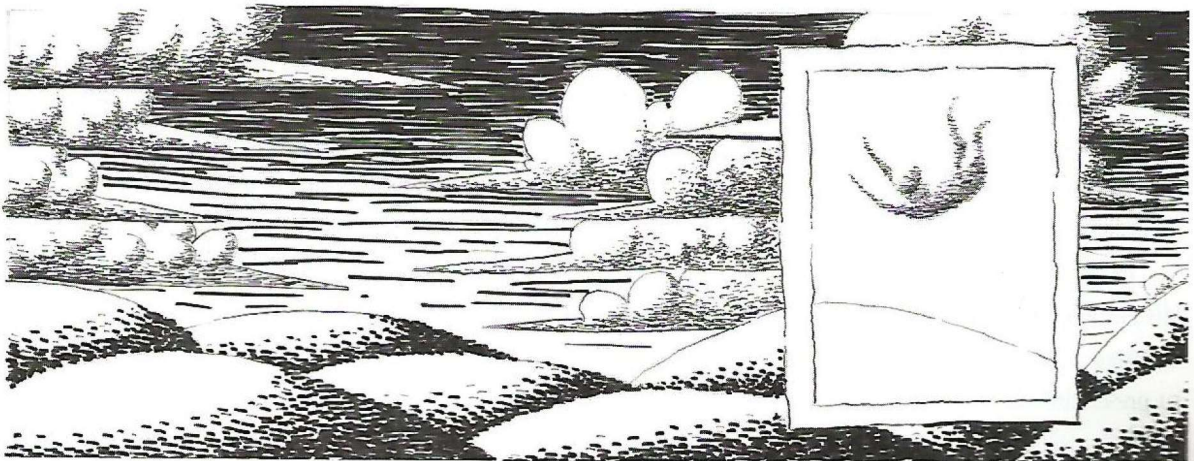
**Tercer noble** – A nosotros nos parece demasiado poco. (Dirigiéndose a los músicos con vehemencia). ¡Toquen, toquen más fuerte que apenas se oyen esos órganos! ¡Fuerte!

(La música sube a un nivel en el que es imposible oír nada. Se observa a Casanova que continúa explicando sus proyectos, pero no se le oye. Los nobles se levantan de sus sillas cada tanto y dirigen con grandes movimientos a los músicos, quienes tocan desafortunadamente. Casanova continúa intentando, pero sus palabras son más despreciadas a cada instante que pasa y a medida que la música se hace más fuerte. Los tres nobles caen completamente borrachos en el paroxismo de la música. Suena el adagio de la novena sinfonía de Beethoven. Casanova se queda en su silla mirando hacia el piso, los brazos entre las piernas, inmóvil.)

## Décima Escena – El Nuevo Siglo y la memoria

Su cuarto en el castillo de Dux, como en la primera escena. Casanova es bibliotecario del conde de Waldstein. En el cuarto alto, abierto al frente, las tres

Ilustraciones, Michel González Gutiérrez, estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia





paredes con grandes ventanas atrás y a los lados, un escritorio lleno de papeles. Casanova viejo escribe muy concentrado sobre su escritorio con una manta colorida sobre los hombros, un plato de sopa, vino y agua. El manuscrito cubre todo el escritorio. Sube un sirviente. Casanova refunfuña ante la interrupción.

**Un sirviente** – Señor Casanova, ¿aún embadurnando papeles que nadie leerá?

**Casanova** – Nadie te ha ordenado que hables, insolente. Veo que no traes mis macarroni.

**El sirviente** – Usted sabe muy bien que en ausencia del señor Conde la cena se sirve en la cocina para todos los sirvientes.

**Casanova** – ¿Quién te dijo que yo soy un sirviente, imbécil? ¿Acaso no sabes que soy el Bibliotecario Perpetuo de tu amo, mi amigo el Conde de Waldstein?

**El sirviente** – Jardinero, cocinero, paje o librero, todos somos sirvientes de nuestro amo el señor Conde.

**Casanova** – (Gritando). ¿Yo, igual a ti y a tu ralea de bestias ignorantes? ¡Largo de aquí, animal! (Lanza un tintero contra el sirviente, quien escapa corriendo entre risas) ¡Ah, si aún tuviera mis antiguas fuerzas esta sabandija no escaparía sin cuarenta bastonazos!

(Casanova refunfuña y vuelve a su manuscrito tras unos instantes, entonces lo llama la joven Condesa.)

**La joven condesa de Waldstein** – ¡Señor Casanova, señor Casanova! ¿Se encuentra usted en su habitación?

**Casanova** – (Agradablemente sorprendido) ¿Condesa? Joven condesa, ¿es usted? No estaba al tanto de su visita.

**La condesa** – Mi paje subió a anunciársela, pero no tuvo el valor de enfrentar sus proyectiles.

**Casanova** – ¡Ah, ese canalla!

**La condesa** – ¿Lo ha importunado?

**Casanova** – Hace mi vida imposible, Condesa, pero no quiero molestarla con mis pequeñas tragedias.

**La condesa** – Señor Casanova, no estoy sola. Mis amigos de Praga me acompañan. Les he hablado de usted y quisieran conocerlo. ¿Nos honraría con su presencia? Tal vez podría declamar para nosotros

una de esas estanzas de Ariosto que usted conoce de memoria.

**Casanova** – (Con gran satisfacción y comenzando a engalanarse con energía juvenil) Por supuesto, condesa, será un gran placer

(Se viste con celeridad, meticulosamente, con todos los colores del siglo que muere. Desciende la escalera con gran dignidad y prosopopeya. Lo esperan ocho jóvenes entre hombres y mujeres, todos vestidos de negro y con el aire travieso e insolente, contenidos por la curiosidad. Los jóvenes están a sus anchas, cada uno en un lugar del gran salón, irreverentes. Casanova empieza a declamar con un estilo ampuloso y cortesano.)

**Casanova** – Herminia, llevada por su caballo, corre entre los umbrosos árboles de un bosque antiguo, su mano trémula no gobierna ya las riendas. (Suena la primera risa ahogada de la joven condesa; Casanova apenas dirige sus ojos hacia ella). Vueltas y revueltas da el corcel que a su querer la lleva y la roba al fin de sus perseguidores. (Suenan más risas; Casanova se da cuenta por fin del efecto de su poema, pero continúa) Huyó toda la noche y todo el día, sin guía, sin consejo, sola con su llanto y sus clamores... (En este punto todos ríen; Casanova se interrumpe.)

(Abochornado, se controla, se pone firme, hace una leve y lenta reverencia, da media vuelta y se dirige a las escaleras. Sube muy lentamente a su estudio, con toda la dignidad. La parte alta ha girado y se ven las ventanas en primer plano. Se dirige a la central, se apoya sobre el alféizar, de cara al público. Luces de colores lo iluminan. Los jóvenes se ven abajo a contraluz, bultos negros e inmóviles. Casanova deja caer los hombros, suspira, se yergue, suspira de nuevo, vuelve a su escritorio, que se ve encuadrado por la ventana y sigue escribiendo en la misma posición en que empezaron la escena y la obra.)

Buenos Aires, 2005.